

Navarra

Jeremy MACCLANCY*

Navarra es una unidad basada en la diversidad, dicen los navarristas. A pesar de su diversidad geográfica, que va desde la España húmeda de los Pirineos a la España seca de las Bardenas Reales, a pesar de su heterogeneidad cultural y lingüística, la unidad de Navarra, según ellos, está en la historia, en un pasado común, y en su derecho foral. El antiguo Reino de Navarra se formó en el siglo IX y se consolidó en el siglo siguiente, llegando a su máxima extensión con Sancho Ramírez en las últimas décadas del siglo XI. Unida a la corona de Francia durante ciento cincuenta años, fue incorporada a la corona de Castilla en 1515. No obstante, Navarra siempre conservó un alto grado de autonomía. A los navarristas les gusta recalcar el hecho de que los reyes españoles siempre tuvieron que jurar su acatamiento a los fueros del reino. En 1841, como consecuencia de la primera guerra carlista, Navarra se convirtió en provincia pero aún mantuvo muchos de sus fueros, sobre todo los relacionados con algunas ventajas de carácter administrativo y fiscal, este último en lo referente a la recaudación de impuestos. Y esos privilegios forales se han mantenido, por razones políticas, hasta nuestros días. Como ninguna otra zona de la Península, Navarra aún tiene sus fueros, que están basados en el derecho consuetudinario de los pueblos.

Nacionalistas vascos disputan esta imagen. Para ellos, la aportación más importante de Navarra al conjunto español no depende tanto de su historia como de su carácter vasco, aún muy evidente, sobre todo en el norte de

* Como siempre, estoy muy agradecido a la gente de Uli Alto; en este caso, especialmente a María Jesús, Castor y María Pilar. María José Martínez hizo una serie de comentarios buenos sobre el manuscrito.

la provincia. Navarra es «la madre», «el tronco», «la cuna» de Euskalherria, desde donde los vascones colonizaron Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. Yo no quiero entrar en esta ocasión en los detalles de este debate. He querido solamente subrayar el hecho de que el carácter cultural de Navarra es disputado, que no es algo aceptado per se.

*
* * *

Apártandonos de ese conflicto intelectual, podemos hablar sin problemas de las diferencias entre las zonas de Navarra. En este contexto la primera cosa que salta a la vista es la variedad del terreno navarro. Comprende desde el comienzo de los Pirineos Occidentales hasta la Depresión del Ebro, desde una serie de profundos valles de dirección predominante norte hasta una serie de llanuras y terrazas fluviales. El clima varía en una manera semejante: desde la Navarra húmeda del noroeste que recibe más de 1.500 mm de precipitaciones medias al año y sufre menos oscilación de temperatura en el año, hasta la Ribera con menos de 600 mm de precipitaciones y más oscilación de temperatura. A causa de estos factores físicos y sus consecuencias antropológicas podemos dividir Navarra en tres zonas: la Montaña, la Ribera y, entre ellos dos, la Zona Media.

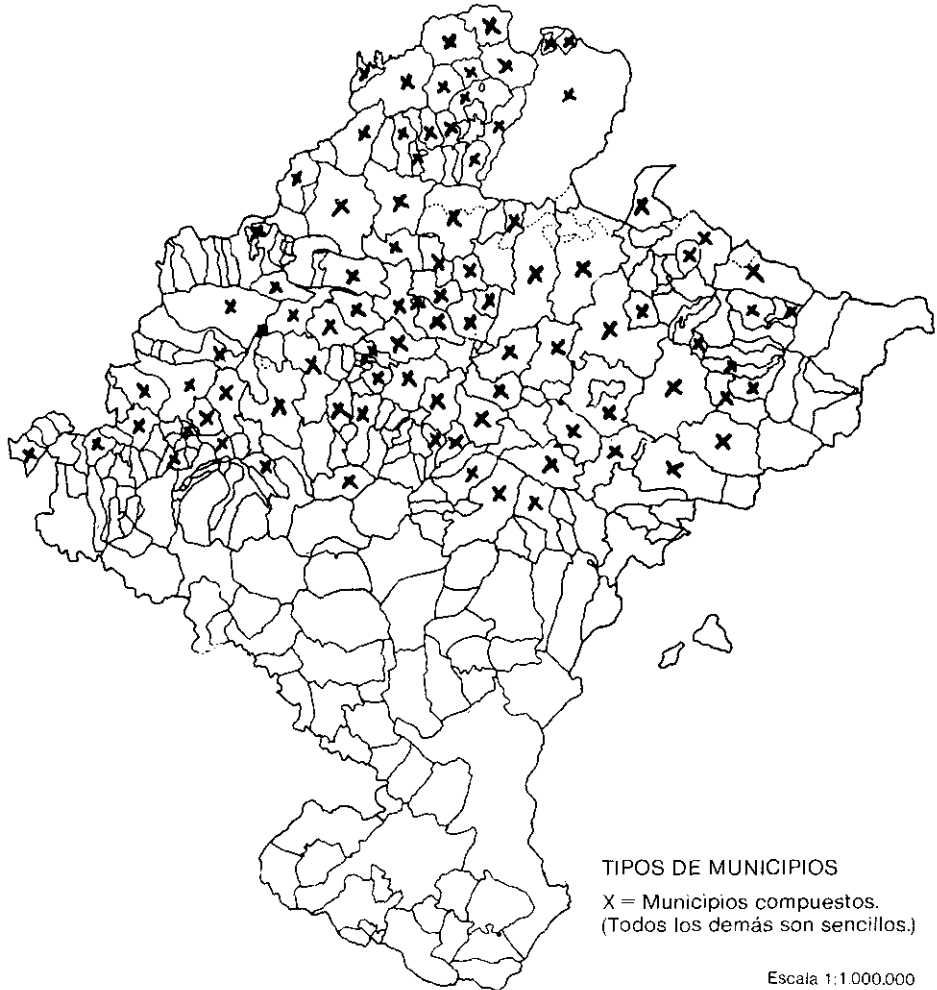
Esta división tripartita se manifiesta en muchas maneras. Desde la Edad Media hubo dos tipos de circunscripciones tradicionales: valles y villas. Cada valle era, o es, una reunión de varios pueblos pequeños que forman una sola comunidad. A través de los siglos, muchos valles se disgregaron, mientras algunos pueblos se unieron en municipios mayores. Pero todavía se puede notar en un mapa de los municipios de hoy el predominio en el norte de Navarra de municipios compuestos de varios concejos. En contraste con este sistema del monte, en la Ribera las llanuras ofrecieron menos defensas naturales, la tierra pudo soportar más gente, y los pueblos por lo tanto son grandes. Esta era la zona de villas, que se organizaron de forma independiente. En la Zona Media, encontramos un área de transición con villas que encabezaban una colección de aldeas a su alrededor o villas vinculadas ligeramente a un valle (Fortún, 1986: 133-7). La configuración de los municipios en cada zona se puede explicar normalmente por la búsqueda de terrenos y recursos variados. La gran mayoría de los municipios ribereños incluye terrenos de regadío y de secano adentro de sus términos. Los terrazgos de regadío, como son más llanos y fácilmente arables, fueron los primeros terrenos cultivados por la gente originaria de la zona. Los terrazgos de secano eran aprovechados por pastores y a la vez utilizados como reserva agrícola. En la montaña muchos municipios incluyen una mezcla de *saltus*, para su ganado y para aprovecharse de los productos forestales, y de *ager*, tierra que se puede cultivar en el fondo de los valles (Floristán y Lizarraga, 1986: 47-54).

Centrándonos en el sistema agrario de cada zona, comencemos con la

Ribera Tudelana, «la Ribera pura», como dice la gente de allí. En esta zona la precipitación es tan escasa y el riego tan importante, que hay una organización jerarquizada muy elaborada para controlar la utilización del agua. En cada localidad, todos los que tienen el derecho de aprovecharse del agua forman una Comunidad de Regantes y se reúnen en una Junta General dos veces al año. Representantes son elegidos para el Sindicato de cada comunidad para que la administren y vigilen que sus miembros cumplan sus reglas. El Jurado, también compuesto de representantes elegidos de la Comunidad, arregla disputas que surgen sobre el uso de las aguas. Un acequero está encargado de la distribución del agua que hace por zonas y, dentro de ellas, por orden de parcelas. Los pueblos que se aprovechan del mismo río eligen representantes para un Sindicato General que tiene un organismo ejecutivo, cuyas funciones son muy semejantes a las del famoso Tribunal de Aguas del Levante. Hasta principios de este siglo el resto de los territorios municipales se utilizó para suministrar pastos. Pero con la revolución agraria (abonos químicos, maquinaria agrícola, la creación de cooperativas, crédito rural, etcétera) se ha roturado gran parte de esa tierra (Floristán, 1951). Hoy en día el sistema de rebaños que existía antes ha desaparecido efectivamente. Solamente hay que señalar la pervivencia de la trashumancia desde los valles de Roncal y Salazar hasta las Bardenas, donde los rebaños y sus pastores pasan la temporada fría del año.

Si la importancia del ganado se ha caído mucho en la Ribera, en la Zona Media aún desempeña un papel significativo, donde se cultivan predominantemente cereales. En la zona oriental, ayuntamientos piedemontes solían subastar sus pastos a ganaderos trashumantes del Pirineo. Hoy en día están divididos en corrales y subastados al mayor postor. En contraste los ayuntamientos de las sierras en la Zona Media han mantenido el carácter comunal de sus pastos sin subastar ni dividirlos (Mensúa, 1960: 144). En las sierras de la zona occidental el sistema de rebaños concejiles aún pervive más que en cualquier otra parte de la provincia y se sigue practicando la transterminancia entre las sierras extramunicipales y los distintos pueblos colindantes (Bielza, 1970: 181-3, 188).

En la zona húmeda del noroeste de Navarra el sistema agrario se basaba en una agricultura subordinada a la ganadería con rebaños comunales aprovechándose de los pastos comunales, con transterminancia desde los pueblos en los fondos de los valles a los pastos de la montaña en el verano. Antes había delimitación de zonas de pasto y los ganaderos practicaban una rotación del ganado sobre los mismos. Pero con la estabulación de los bovinos, el aumento de tierra dedicada a prados, la introducción de piensos compuestos y la dificultad de contratar pastores, los sistemas de rebaños comunales ya están en plena decadencia (Floristán *et al.*, 1986: 145-164).



Hasta ahora he hablado de diferencias físicas, municipales y agrícolas. Pero también se pueden notar diferencias regionales en el sistema de familia y en los modos de herencia. En el norte, el ideal era una familia de tres generaciones viviendo en un caserío en el campo rodeado por sus propias tierras de cuya explotación vive. La familia en ese caso estaba constituida por los abuelos, su hijo o hija con su esposo, sus hijos, un hermano o hermanos solteros y una criada. Los animales vivían en la planta baja, los seres humanos en la primera y el desván es el granero. La casa es una unidad económica y tiene su propio nombre que se conserva de generación en generación. Según Caro Baroja, hay cuatro tipos de nombres: expresan que la casa pertenecía a

una determinada persona, indican una antigua utilización de ella, aluden a su situación geográfica, o reflejan su condición de antigüedad o modernidad (Caro Baroja, 1971: 127). Para mantener la casa y la hacienda como unidad económica, había un sólo heredero (y no necesariamente el hijo mayor). Los amos de la casa tenían plena libertad para elegir cuál iba a ser el heredero de entre sus hijos. La importancia de mantener la hacienda sin repartir era tal que, según Salinas Quijada, el principio de concentración familiar y permanencia de la casa constituye la razón de todo el derecho privado foral. Además todas las instituciones forales están dispuestas para conseguir este objetivo (Salinas Quijada, 1968: 19).

En Uli Alto (el pueblo de la Zona Media occidental donde hago mi campo de trabajo) no hay caseríos y el principio de concentración familiar no era cumplido en una manera tan regular como en el norte. La institución del único sucesor se practicaba, y el reparto también. En el caso del único sucesor, para los demás hijos las posibilidades eran entrar en la Iglesia, la emigración, quedarse en casa sin casarse y tener una posición inferior al hermano sucesor, o (en el caso de varones) casarse con una mujer que fuera a heredar la hacienda de sus padres. La gente de Uli Alto dice que antiguamente los matrimonios eran sobre todo acuerdos económicos, efectivamente arreglados entre los padres de los novios y, además, entre padres del mismo nivel económico, más o menos. La gente de la zona se encontraba en Estella el jueves, el día del mercado. Los padres de un hijo en edad de casarse hablaban con padres que tuvieran una hija que a ellos les gustara ver casada. Cuando las dos parejas de padres habían llegado a un acuerdo provisional, traían a sus respectivos hijos a Estella el siguiente día de mercado «a vistas», como se dice allí. Si ellos se gustaban, todo iba delante. Antes de la boda, los novios hacían capitulaciones matrimoniales que eran inventarios de lo que cada uno iba a contribuir. Si la dote de uno era mucho mayor a la del otro, el padre más rico podía manifestar su disgusto en dando solamente una laya como la dote de su hijo/hija y así impedir la boda. La gente de Uli Alto también subraya el fondo económico de los matrimonios de aquel entonces al citar ejemplos de hombres casándose con mujeres ricas pero muy feas, y de chicas jóvenes muy guapas casándose con viejos ricos.

Antes, o tal vez después, de la boda, el matrimonio hacía un testamento de hermandad, diciendo quién iba a heredar qué. Si, por ejemplo, el cónyuge que había heredado la casa se moría sin dejar testamento diciendo que todos sus bienes pasarían al otro, sus hijos heredarían todo. Ellos serían los propietarios y el viudo (o viuda) tendría el derecho de usufructo. Si el superviviente del matrimonio era un hombre, él se quedaría de amo de la casa. Los padres también podían poner condiciones al heredero: si tenían un hijo minusválido, subnormal, o que sufría alguna enfermedad mental, los padres podían dejar la hacienda al sucesor elegido a condición de que cuidase a su hermano desventajado en casa. Aunque este sistema parezca bien organizado, hay puntos importantes de posible conflicto. Sobre todo, si el propie-

tario se moría sin testar, existía la probabilidad de rencillas entre los hijos sobre quién iba a heredar la casa. Y si los padres ya habían decidido quién iba a heredar la hacienda, aún había y hay la posibilidad de desacuerdos entre el padre y el sucesor sobre exactamente cuando el propietario iba, o va, a transmitir a su hijo el control y la capacidad de tomar decisiones. Gran parte de los peores problemas familiares en el pueblo han sido a causa de estos dos puntos.

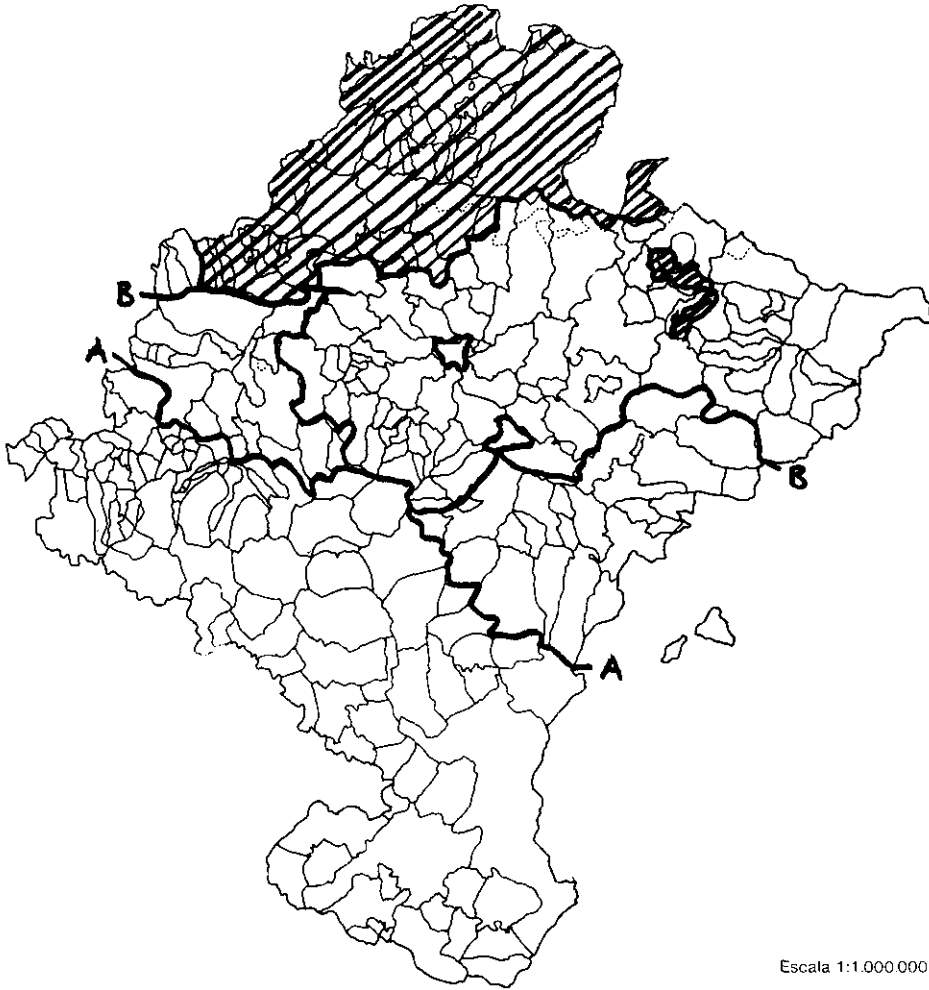
En contraste, en la Ribera, hay una tradición de repartir los bienes, que conduce al microfundismo. La falta de la institución del único sucesor se refleja en la arquitectura: no hay caseríos, las casas no están aisladas, y su tamaño se acoge únicamente a un matrimonio y a sus hijos, y muchas veces los animales no ocupan la planta baja, sino que viven aparte. Al contrario de los caseríos viejos de dimensiones enormes, las casas ribereñas no son tan antiguas ni tan grandes, y su función es sobre todo utilitaria. Parece que los de la Ribera no sienten tanto orgullo con respecto a sus casas como los de la Montaña. En resumen, en la Ribera no existe esa tradición vasca de «la casa», de un edificio particular como manifestación física de una unidad moral y económica. Pero, paradójicamente, aunque los ribereños reparten sus bienes, la Ribera no tiene una tradición de emigración, por lo menos en los últimos ciento cincuenta años. La consecuencia de los cambios que comenzaron en la segunda mitad del siglo pasado (la intensificación de la agricultura de regadío, la roturación de grandes espacios del secano, además de los otros factores de la revolución agrícola) fue una demanda creciente de mano de obra. En lugar de ser una zona de emigración, la Ribera ha sido una zona de inmigración, de castellanos, de aragoneses y de segundones de la Montaña navarra (Floristán, 1951: 245).

*
* *

Los navarros mantienen estereotipos distintos de la personalidad de la gente de las tres zonas. Estas diferencias de personalidad son vistas como consecuencias psicológicas de la vida particular llevada por la gente de cada zona. Los del norte y del centro de Navarra dicen que las personas de la Montaña son más cerradas, más «quietas», no hablan mucho, no demuestran tanto sus emociones. «No te aceptan tan fácilmente pero cuando han tenido suficiente oportunidad de llegar a conocerte, te aceptan completamente y te ofrecen todo lo que pueden.» En contraste total, los ribereños, según los de la Montaña, son «muy alegres, habladores, fanfarrones, y te ofrecen su amistad demasiado fácilmente, incluso en el primer encuentro». Los del monte acusan a los ribereños de falta de sinceridad, de falta de educación y de incapacidad de controlar sus pasiones. En respuesta, los ribereños dicen que los del monte no saben divertirse, y que les falta emoción y nobleza; para los del Ebro, los del monte son gente extraña y difícil de entender porque siempre dicen lo que piensan. Estos estereotipos no son algo nuevo,

dado que Pío Baroja, que era de uno de los puntos más norteños de Navarra, habló de ellos en su *Zalacain el Aventurero*:

«Eran dos tipos, Zalacain y el Cacho, completamente distintos: el uno, la serenidad y la inteligencia del montañés; el otro, el furor y el brio del ribereño» (1943: 43).



EL RETROCESO DEL EUSKERA

A — A: Límite en 1587.

B — B: Límite en 1863.

//// : Zonas donde más del 25% de la población habla euskera (en 1970).

Más tarde, en la novela, Zalacaín dice que los del Ebro «hablan muy en bruto y cantan la jota», una canción que es «como una falsificación del valor y de la energía». El protagonista es «muy antipático» a todo eso: «mi país es el monte» (*ibid.*: 103).

Una diferencia entre las regiones de Navarra de la que no hemos hablado es la del idioma, porque la provincia siempre ha sido multilingüe. En el mapa se ve que hace cuatro siglos el límite sur de la extensión del euskera pasaba por la Zona Media. Parece que se lo hablaba más al sur en tiempos anteriores. Pero faltan suficientes datos fiables para decir exactamente quiénes, qué capas de sociedad lo utilizaban, en qué contextos, y geográficamente hasta dónde. El euskera ha retrocedido progresivamente, sobre todo por razones económicas y a veces por motivos políticos (por ejemplo, durante el franquismo). Aunque hay intentos de resucitar el uso cotidiano del euskera por toda la provincia, la gran mayoría de euskaldunes navarros que hablan el euskera diariamente se encuentra hoy en día en un reducto noroesteño de la provincia. En las zonas donde el euskera se hablaba hasta hace pocas décadas, se puede oír aún la pronunciación euskérica de algunos sonidos castellanos. En las áreas anteriormente euskeraparlantes de la Zona Media, los toponimios están en euskera y mucho del vocabulario relacionado con la ganadería viene del mismo idioma. Así, pues, hay labradores de municipios del centro de la provincia donde no hay ni siquiera un recuerdo vivo del euskera que están utilizando palabras del vascuence todos los días sin darse cuenta.

*
* *
*

Navarra ha sido famosa, o notoria (según tu punto de vista), por su nivel de religiosidad. A pesar de la dificultad de calibrar algo tan abstracto como la espiritualidad de la gente, se puede ver claramente la importancia central del catolicismo en la vida de los navarros en la incidencia tan alta y prolongada del carlismo en la provincia.

En la mayor parte de España, sobre todo en Cataluña, Aragón, y el Levante, el carlismo era caracterizado por bandas de guerrillas. Pero en las provincias vascas, y especialmente en Navarra, el tradicionalismo tenía más rasgos de movimiento de masas. En los comienzos del último siglo la sociedad navarra, a pesar de un aumento importante de su población en el siglo anterior, era relativamente próspera gracias a una distribución bastante equitativa de tierra, la alta proporción de comunales que todavía pertenecían a sus municipios, y los privilegios fiscales de sus fueros. Pero cuando los proyectos liberales amenazaron los intereses de los hidalgos, el clero rural, los campesinos, y los artesanos recién llegados del campo a la ciudad, miembros de estos grupos se alistaron en el movimiento carlista. Formaban una banda socialmente heterogénea unida en su oposición a la burguesía financiera, compuesta por comerciantes importantes, grandes terratenientes

que vivían en las ciudades, e industriales que se iban a beneficiar de las reformas liberales.

El aislamiento masivo navarro a la causa carlista fue estimulado mucho por los esfuerzos del clero local. Había un número muy elevado de sacerdotes en Navarra (durante cien años, hasta los mediados del siglo XX, la provincia tuvo el índice más alto de vocaciones per capita no solamente en España, sino en el mundo entero) y, tradicionalmente, tuvieron lazos muy estrechos con sus feligreses. Muchas veces los curas provenían de la misma parroquia donde trabajaban, o de pueblos colindantes, y en Navarra, al contrario de otras provincias españolas, fueron frecuentemente elegidos por sus propios feligreses. Es fácil exagerar el papel del clero como intermediarios privilegiados entre sus rebaños y el mundo exterior, pero es innegable que los párrocos ayudaron de una manera importante a la causa del pretendiente predicando sus virtudes desde el púlpito y en el confesionario. Muchos curas y ex-monjes se juntaron físicamente al movimiento, sirviendo de capellanes, soldados y hasta, en algunos casos notorios, de líderes de bandas sanguinarias.

Aunque Gerald Brenan llamó a los carlistas de Navarra, «una raza robusta de montañeros», su área de concentración no eran los montes del norte de la provincia sino la Zona Media. Esta zona tuvo una concentración mayor de pequeños y prósperos propietarios que en el monte o la Ribera, y la mitad occidental de la zona tuvo el porcentaje más alto de hidalgos de toda la provincia. Esos propietarios tenían mucho que perder con la institución de las reformas liberales, y los hidalgos, los líderes tradicionales de sus comunidades, les llevaron a bandas del lado carlista. Fue la capital de esta zona, Estella, donde el rey tradicionalista Carlos VII estableció su corte durante la segunda guerra carlista. En estos pueblos de Zona Media, lealtad a la causa carlista llegó a ser un legado familiar, muy valorado y transmitido con mucho orgullo.

A la gente de estos pueblos la Causa, como era llamada, se convirtió en una manera de expresar el catolicismo, la estabilidad y las tradiciones de su tierra. Requetés, ya ancianos, de Uli Alto me dijeron que «nos echamos al monte (o sea, fueron a la guerra) a causa de la religión: los Rojos estaban quemando a las iglesias». Cuando estos veteranos hablan de su apoyo por la religión, no están hablando de ella de una manera estrictamente eclesiástica o teológica; están promocionando una concepción tradicionalista de identidad local expresada en un idioma religioso. En este sentido, el catolicismo se convierte en un símbolo de su idea de comunidad, de como la gente debe vivir conjuntamente en paz, en armonía y en respeto mutuo.

Cuando pregunté a estos veteranos por qué se hicieron carlistas, algunos expresaron sorpresa, como si fuera difícil de explicar lo que nunca habían tenido que explicar, lo que era obvio para ellos. «El Carlismo es muy viejo —me dijo uno—. Viene de mucho atrás.» La historia del tradicionalismo ha estado vinculada a la del pueblo por más de ciento cincuenta años; es una

parte incuestionable de las tradiciones de Uli Alto y, para los carlistas, un motivo de orgullo en su pueblo. Nadie puede recordar antepasados concretos que no vivieron en un ambiente carlista. En cuanto a los carlistas de Uli Alto, los miembros de sus familias siempre han pertenecido al movimiento. Sus padres y sus abuelos les criaron contándoles historias de hazañas carlistas. Algunos, con un orgullo manifiesto, me contaron espontáneamente las cosas que hicieron sus abuelos (y hasta, en un caso, que hizo su bisabuelo) en la segunda guerra carlista. Pero es interesante que nadie en el pueblo pueda recordar nada sobre la participación de su familia en la primera guerra. Parece que los sucesos recordados de la segunda guerra han enterrado los del conflicto anterior.

En respuesta a mis preguntas, requetés veteranos me dijeron que fueron o son carlistas a causa de sus familias. Dicen que cuando eran niños las familias en general estaban mucho más unidas y que los hijos tenían mucho respeto por sus padres. La tradición ancestral, transmitida de padres a hijos, fue un argumento suficientemente fuerte en sí mismo para que los hijos normalmente se sometieran a ella sin debate. Si lo que veneraba la gente del pueblo era su comunidad y su naturaleza aparentemente estable, así, pues, tenían que respetar a sus antepasados por haber mantenido la manera tradicional de vivir como legado para sus hijos que ellos, a su vez, podrían transmitir a sus propios hijos. En otras palabras, esta visión rural conservadora del mundo tenía su propia lógica interna de reproducción. Un hombre me contó que se había hecho carlista «a causa de los sentimientos de mi padre que no podía aguantar a los liberales» porque habían deportado a su padre a Cuba donde había muerto. El padre del hombre con quien hablé llegó incluso a trabajar como marinero en un barco para poder visitar la tumba de su padre. Otro carlista me dijo que cuando era adolescente su abuelo en su lecho de muerte le dio todas sus reliquias carlistas para que las conservara. El joven tuvo que prometer al viejo que continuaría la tradición carlista de su familia. Una mujer me dijo que ella era carlista a causa «de mi padre, cuya memoria tengo muy alta». Si su padre, que murió cuando ella era muy joven, y que, según lo que la gente le había contado era muy buena persona, era carlista, entonces ella sería carlista también.

Nacido carlista, uno permanece carlista. Un anciano, poniendo la palma sobre su corazón, me dijo que él era aún carlista. «No lo dejas. Sigues con lo tuyo.» Una respuesta muy común a la pregunta «¿Eres Carlista?» es «¡Hasta la muerte!» Es relevante que en *Paz en la Guerra*, de Miguel de Unamuno, uno de los caracteres subraye la importancia central de que la gente mantenga las tradiciones políticas de su familia, bien sea carlista o liberal:

«Eso se mama con la leche, y lo que con la leche se mama, en la mortaja se derrama. Así era en mi tiempo y así seguirá siendo... Otra cosa sería un desbarajuste...; no podría una fiarse de nadie si lo mismo puede ser una persona una cosa que otra...» (1942: 165).

Uno puede confiar solamente en la gente si uno sabe de que lado está. Sin saber esto, no se puede categorizar a los otros. Y si uno no puede clasificar a los otros sin ambigüedad, la consecuencia es el desorden. Esta idea de compromiso estable fue común a los dos bandos. Una mujer de Uli Alto con más de ochenta años me dijo:

«Soy liberal y espero morirme liberal. Escuché a mi padre y me gustó lo que dijo. No hay nada más bonito en el mundo: cada uno a su lado y allí te quedas. Sigues tu propio camino sin molestar a nadie. Tu lado ya te vale. Ya me conoces, a mi me gustan todos, pero soy liberal y me quedaré así.»

Si un sentido del carlismo es mantener los ideales, se tiene el derecho a mofarse de los que han cambiado los suyos. Ser llamado «chaquetero» es un insulto. Pero es implícitamente reconocido que la gente que ha llegado a su madurez puede cambiar de lado. No obstante, una vez hecho el cambio, uno no se puede volver a cambiar. El abuelo de la octogenaria era un carlista entero. Su hijo hizo amistades con liberales en el pueblo y sus ideas le convencieron. Las diferencias políticas entre padre e hijo llegaron a tal nivel que tuvieron que separarse y vivir en casas distintas. Cuando la anciana me contó todo eso, ella no sugirió en absoluto que el comportamiento de su padre fuera malo. Pero los enemigos siempre pueden criticar a personas así, llamándolas «chaqueteros». Esta maniobra verbal de limitar a la familias a través de las generaciones se puede oír hoy en las quejas de algunos del pueblo: dicen que los hijos de asesinos carlistas no debieran ser tan vocingleros en las actitudes políticas en las que creen hoy en día porque su historia está «manchada». De una manera semejante, los izquierdistas del pueblo hacen comentarios muy despreciativos sobre las personas que votan por la derecha, aunque sus padres republicanos fueran fusilados o encarcelados durante la guerra civil.

Naturalizando lo social, convirtiendo algo social en algo cuasi biológico, los veteranos requetés dicen que el carlismo era una herencia, «algo de la sangre, algo heredado». Uno nació carlista. Esta concepción de la sangre explicó a la vez la persistencia de la tradición carlista y su mantenimiento futuro por los que aún no se habían nacido. Un ex-capellán requeté me dijo: «Salían de sus madres ya con las ideas del carlismo. Tuvieron que seguir el mismo camino.» Cuando una mujer educada de Uli Alto quiso expresarme la saturación del carlismo en la Zona Media utilizó una metáfora distinta y, sin embargo, todavía naturalista: «En esos días —dijo ella—, el carlismo se respiraba en los pueblos.» Un ex diputado carlista dijo que hacerse carlista era «tan racional como aprender un idioma». Como un idioma, se aprendía inconscientemente de los padres. Más tarde se aprende la gramática del idioma conscientemente, y en una manera semejante uno se hacía carlista convencido al aprender su programa e ideología en panfletos, boletines y periódicos (especialmente *El Pensamiento Navarro*), y a través de sermones, charlas y discursos dados por importantes representantes carlistas en sus vi-

sitas a los círculos tradicionalistas de los pueblos. Pero muchos carlistas, al contrario del ex diputado, no habían recibido años de estudios. Para ellos el carlismo no era primeramente una filosofía política desarrollada que uno tenía que examinar y discutir; fue «un modo de ser». En las palabras de un carlista, era «consustancial con el modo de ser». Para esta gente ser carlista no era un proceso «racional» comparable con una instrucción lingüística formal, sino un proceso cuya posición integral en la manera local de vivir estaba justificada en términos de metáforas naturalistas como «sangre» y «respiración».

*
* *

El comienzo de la segunda ola de industrialización en Bilbao en los años cincuenta y la creación de centros industriales en las ciudades importantes de Navarra (sobre todo en Pamplona) en los años sesenta han llevado con sígo muchos cambios, incluso un éxodo rural. Como regla general podemos decir que cuanto más nos alejamos de Pamplona más emigración hay. El efecto de esta regla se nota sobre todo en el noroeste de la provincia donde ya hay zonas enteras efectivamente despobladas. Hoy en día trabajar en el campo es visto como mal oficio y además poco rentable. En una fábrica se puede ganar más dinero trabajando menos horas que en el campo. El hijo que se queda con la casa y la hacienda gana menos que sus hermanos trabajando en las ciudades. Y las chicas están menos preparadas para casarse con labradores porque saben que tendrían una vida dura, de labor continua. Como la esposa de un labrador se me quejó: «Antes las mujeres trabajaban como esclavas.» En algunos casos la tierra es abandonada, arrendada o vendida a otros. Por estas razones, entre otras, la importancia de la casa ha disminuido y el principio del único sucesor no se practica tanto estos días. Ya hay mucha gente que vive en la ciudad nueve meses del año y pasa el verano en su pueblo natal alojándose con los padres, ya bastante mayores. El pueblo llega a ser una colección de jubilados, de terratenientes medianos o mayores, y de los que se han retirado prematuramente a causa de algún accidente. Así, el sentido de la comunidad se transforma bastante. Las diferencias antropológicas entre las tres zonas (como consecuencia humana de una variedad geográfica) permanecen, pero de una manera disminuida.

A pesar de la variedad en las normas de sucesión en la provincia, se podría decir que el sistema de valores familiares es constante por toda la provincia. Que los maridos deban ser trabajadores, responsables, generosos y capaces de tomar decisiones sigue siendo el caso. Igualmente ha sido y sigue siendo la responsabilidad de la mujer cuidar y mantener la casa en todos sus aspectos, incluso encargarse de las finanzas. Lo que sí ha cambiado es la importancia de la autoridad. Mujeres del pueblo dicen, que antes había «padres dominantes» y pueden dar ejemplos de casas donde «el padre decidía hasta cuando su mujer e hijas podían comprar sus bragas». A la gente del

pueblo le gusta dar el ejemplo del chico, en los años cuarenta, que fue llevado a Estella por sus padres «a vistas». A la vuelta le preguntaron que pensaba de la chica que acababa de conocer. «¡Bueno! —contestó él—, lo que ustedes me digan.» Hoy en día los padres generalmente no son tan autoritarios y los hijos son mucho más independientes. Los hijos no tratan a su padre con tanta deferencia y no existe tanta distancia entre padres e hijos. Como muchos hijos no trabajan con sus padres en el campo, no pueden ser controlados por ellos económicamente. Además, generalmente los hijos han recibido más años de estudios que sus padres. Como muchos jóvenes no trabajan el campo, lo que sus padres saben del campo no les interesa. Sus padres pueden transmitirles lo que han aprendido de métodos agrícolas, pero ya no están preparando a sus hijos para su futura vida laboral. La transmisión de sus conocimientos del campo pasa de preparación para la vida adulta de sus sucesores a ser únicamente la transmisión de las costumbres agrícolas del lugar, o sea, una manera por la que los hijos pueden entender cómo trabaja su padre y porqué. Para los hijos licenciados el modo de vivir de sus padres casi llega a ser una especie de folklorismo. Gracias a su educación escolar, los hijos pueden enseñar cosas a sus padres en lugar de ser enseñados por ellos. Sobre todo en los años de la transición fueron los hijos quienes explicaban la nueva política a sus padres, más que al revés. En muchos casos sabían más que sus padres sobre lo que pasaba fuera del pueblo. Y no es sorprendente que algunos jóvenes se aprovecharan de esta posición y aconsejaran a sus padres a qué partido debían votar.

Dado el declive del poder moral de la Iglesia sobre la gente del pueblo, la creciente independencia de los hijos de cada familia, y la influencia de modelos distintos de comportamiento sexual transmitida por la televisión, el modo de expresar la sexualidad se ha alterado casi tanto como el cambio en las relaciones entre padres e hijos. Antes la norma era que el noviazgo condujera al matrimonio y que se tuviera solamente un único novio en la vida. Estos días es más aceptado que una persona pueda haber tenido algunos novios antes de casarse. Aunque ya hay algunas jóvenes que hablan de establecer un contubernio con sus novios en lugar de casarse, hasta hoy todos los noviazgos en el pueblo han terminado en matrimonio.

En este nuevo mundo, donde los padres tienen menos autoridad y los hijos no tienen que quedarse en el pueblo, la importancia de la casa ha disminuido y la institución del único sucesor no se practica como antes. Estos días los padres están más preocupados por dar a sus hijos una buena educación que por dejarles la casa y el dinero. Dado que la casa como unidad económica no es tan importante como antes, los hermanos solteros empleados en una fábrica o en una ciudad cercana no tiene que vivir con su hermano sucesor. Y si los hijos empleados, adultos pero aún solteros, siguen viviendo con sus padres en la casa familiar (y hay casos así en Uli Alto) se debe principalmente a los lazos sentimentales entre ellos que a razones de dinero. Se

podría decir que en tales casos la ideología de la familia ha llegado a ser más importante que su aspecto económico.

*
* * *

La familia sigue siendo una institución central en la vida social de los navarros, aunque su importancia ha disminuido. Pero el carlismo ha desaparecido efectivamente del mapa navarro. Algunos ex-carlistas de Uli Alto ni siquiera quieren hablar del movimiento y niegan que tuvieran cualquier conexión con él. Sus vecinos atribuyen estas negaciones a la decepción de los ex-carlistas con el fracaso casi rotundo del Partido Carlista en las dos primeras elecciones generales de la transición. Sus esperanzas se vinieron abajo, su aportación como militantes del movimiento no consiguió nada, y no quieren que se les recuerde de su pérdida. Un profesor de un pueblo rural me dijo que no merecía la pena hacer un estudio del carlismo estos días. Solamente cumple una función folklórica. La gente de los pueblos podría decir con bastante orgullo que sus antepasados se pusieron en armas para defender sus ideales contra la agresión del Estado pero el carlismo, dijo él, no tenía otro valor hoy en día. Fue un recuerdo bonito y nada más. Sus amigos pensaban que él estaba avergonzado; no quería que se recordara la historia moderna de Navarra en términos de un movimiento aparentemente anacrónico que mezcló la política con la existencia de un pretendiente al trono español y su continuidad genealógica. Varios ex militares jóvenes de Uli Alto mantenían la misma postura que la del profesor. En discusiones conmigo pusieron bruscamente de lado su pasado carlista. El Partido Carlista había apoyado al nacionalismo vasco en los últimos años del franquismo, pero sus líderes cambiaron de opinión en 1978 por razones electorales. A causa de ese cambio muchos carlistas jóvenes, nacionalistas convencidos, dejaron el partido. Para ellos los líderes carlistas son chaqueteros y no quieren ser asociados con ese tipo de gente. Estas personas que eran demasiado jóvenes en los primeros años de la transición para preocuparse por la política no tienen ningún interés en el carlismo. Para ellos tiene algo que ver con sus padres y la concepción del pasado mantenido por sus padres. Cuando yo hablaba con sus padres sobre el carlismo en su presencia, se aburrían en seguida y muchas veces se marchaban de la habitación. No quieren saber nada de esas cosas.

Un joven de Uli Alto, el hijo de un carlista, me contó que un análisis económico, político o social sería suficiente para entender el carlismo, porque las personas eran carlistas por una razón más profunda, más psicológica: «la chispa». El siguió hablando:

«Hoy en día las personas que dicen que son carlistas son personas que no quieren romper con algo. Es una tradición, una raíz dentro de su familia. El carlismo no tiene ideología. Otros partidos tienen ideología y se pueden comparar sus ideologías. Pero no el carlismo. El carlismo es como un charco. Se queda solo. Otros partidos no son así.»

Al contrario de otros partidos, el carlismo no puede ser confinado dentro de los parámetros institucionales normales. Se puede mantener solo; es incomparable, poco convencional. En otra ocasión hablé con su padre. El dijo que *ninguno de sus hijos le siguió en el carlismo. No se quejó de eso pero parecía claro que le daba pena. Que la tradición carlista de su familia se acabara con su muerte pareció una especie de falta de respeto a sus antepasados, una traición de sus esfuerzos.* En el pueblo hoy en día solamente las personas mayores, que tienen más que cuarenta y cinco años, afirman que son carlistas. Dicen que no importa a que partido votan, ellos siguen siendo carlistas. Uno me dijo que políticos que eran carlistas y que hoy tienen puestos en otros partidos aún se consideran carlistas. «Es algo que sientes dentro», me confesó.

*
* *
*

En las primeras secciones de este artículo vimos las diferencias regionales en la geografía, el clima, las circunscripciones, el sistema agrario, el sistema familiar y modo de herencia, los estereotipos y el idioma de Navarra. En secciones posteriores vimos que esas diferencias han disminuído mucho en las últimas décadas. El carlismo, antes tan característico de la provincia, ya casi no existe. Dado que en los últimos años España se ha convertido en un Estado de autonomías, la autonomía de Navarra no es tan singular como antes. Se podría decir que hoy en día Navarra se parece más y más al resto del país.

BIBLIOGRAFIA

BAROJA, Pio

1943 *Zalacain El Aventurero*. Espasa-Calpe, Madrid.

BIELZA, V.

1970 *Tierra Estella. Estudio Geográfico*. Aranzadi, Pamplona.

CARO BAROJA, J.

1971 *Los Vascos*. Istmo, Madrid.

FLORISTAN, A.

1951 *La Ribera Tudelana de Navarra*. Principe de Viana, Zaragoza.

FLORISTAN, A. (ed.)

1986 *Gran Atlas de Navarra*. Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona.

FLORISTAN, A., y LIZARRAGA, M. A.

1986 «División administrativa y comarcal», en Floristán (ed.), pp. 47-54.

FLORISTAN, A. *et al*

1986 «Agricultura», en Floristán (ed.), pp. 145-164.

FORTUN, L. J.

1986 «Circunscripciones locales tradicionales», en Floristán (ed.), pp. 133-137.

MENSUA, S.

1960 *La Navarra Media Oriental. Estudio Geográfico*. Príncipe de Viana, Zaragoza.

SALINAS QUIJADA, F.

1968 *Derecho Privado Foral*. Temas de Cultura Popular, n.º 12. Diputación Foral de Navarra, Pamplona.

UNAMUNO, Miguel de

1940 *Paz en la Guerra*. Espasa-Calpe, Madrid.